

SCIACCA, METAFISICA E HISTORIA

POR

PIER PAOLO OTTONELLO

Queridísimo Señor Presidente, Autoridades, Señoras y Señores:

Mi más cordial agradecimiento ante todo al amigo Juan Juan Vallet de Goytisolo y a todos los que han consentido tan calurosamente realizar un proyecto propuesto por la Sociedad de los Amigos de Michele Federico Sciacca, en la ocasión del décimo aniversario de su muerte, precisamente en una de las Reuniones que vieron tantos veces a Sciacca activo y participante. Este décimo año, por lo tanto, culmina idealmente en esta sede, y se concluirá, si Dios quiera, en diciembre en Roma con una jornada «sciacchiana» en la sede general de los padres Rosminianos, a los cuales Sciacca dio todo su ser; jornada en la cual, entre otras cosas, se presentarán algunas realizaciones efectuadas este año en el ámbito de la Sociedad de los Amigos de Sciacca, desde el volumen sobre Sciacca de María Adelaide Raschini, al Primer Premio Internacional Sciacca, que en esta ocasión será otorgado oficialmente, al primer año del nuevo periódico *Studi sciacchiani*.

La grandeza de Sciacca, hombre y filósofo consiste en haber combatido hasta el cumplimiento el *bonum certamen* del hombre integral, que es después el calvario de la *libertad como historia* (1). Su grandeza es la del hombre libre, que sólo lo es in-

(1) Escribe Sciacca en sus *Lecciones de filosofía de la historia* (Genova, 1979): «la filosofía de la historia separada de la metafísica no existe» (pág. 42); «la historia es historia de la libertad humana» (pág. 48); «la condición de la salvación del hombre es la historia, pero la salvación del hombre no está en la historia» (pág. 50); «la historia la escribe Dios pero con la libertad del hombre» (pág. 52).

tegralmente cuando ha consumado el martirio de la inteligencia; no ya en el sentido que tal expresión más inmediatamente puede sugerir, es decir, como un renegar de sí mismo o como una renuncia a sí que la inteligencia debería consumir, no sé sobre cuáles altares, sino más bien al contrario, en el sentido del testimonio mucho más arduo —y, cristianamente, absoluto— que la inteligencia por su misma naturaleza está llamada a dar de su propia integridad —como también la voluntad— y, que, por lo tanto, debe consumir como lucha sin tregua, espiritualmente cruentísima, contra todos sus enemigos, los peores de los cuales se anidan siempre en su mismo seno, es decir, lucha contra todas las tentaciones que la hacen reductiva antes que inclusiva, negativa y negadora antes que creadora, afirmadora, esto es acto de reconocimiento y de gratitud hacia el ser creador y los seres creados.

Sciacca, hombre libre, se ha generado a sí mismo, y en la tribuna de la cultura mundial (la cual es pobre de todas las mezquindades, cuanto rica de potencialidades preciosas a menudo mortificadas, exactamente, pues, como cualquier conjunto humano) generándose a través del doble martirio de sí y del mundo, martirio por excelencia cristiano del hacerse *hombre del desierto*: los desiertos de las dificultades históricas, siempre «puestos al día», y los desiertos del mal, cada vez que le hagamos o le toleremos en cualquier espacio, dentro y fuera de nosotros: dos rostros de un mismo desierto, del cual el hombre grande se aísla, pero no como desierto particular en el universal desierto, sino como oasis de la «celda interior», que no puede subsistir sino al límite de toda soledad y dificultad histórica, destierro en la ciudad terrena en el cual engendrarse, *de contrabando*, como nueva tierra y nuevo cielo. Y Sciacca, incluso después de la muerte, ha seguido sufriendo el martirio del mundo en la forma más espiritualmente cruenta que pueda sufrir quien, como él, ha consumido su entera existencia a través del magisterio de la palabra —la suya una palabra esencial y rica, fina y penetrante, siempre robusta y constructiva—: el martirio, es decir, del silencio más displicente o distraído que,

cierto intencionalmente, ha cerrado su pensamiento: un silencio roto apenas por un puñado de amigos —alumnos y discípulos de ayer, hoy y mañana— esparcidos y a la vez unidos en todo el mundo. Pero sería estupidez hasta ultrajosa extrañarse de tal silencio, o bien perderse en plañideras: tenemos, en cambio, que alimentarnos también de esta gran amargura y hacerla fructificar grandemente y, mientras tanto, para comprender más profundamente que, precisamente, ésta es la suerte que la historia siempre, inmediatamente, reserva a los que son sus artífices, cuanto más grandes tanto más cruelmente «ajusticiados» por ella: es la suerte de los profundos pensadores, o más bien de los «cavadores» —por usar una expresión de Nietzsche—, la misma atravesada por el mismo Tomás de Aquino y, por lo menos, durante un siglo, por el pensador que Sciacca asumió como guía suma, Rosmini: polémicas y guerras durante la vida, silencio y desconocimiento después de muertos. Pero estos son los hombres no del tiempo cotidiano —el efímero de los «divos» de la cultura, casi siempre tanto más estériles como más vendidos—, sino del tiempo de los siglos; no, pues, de aquella historia de la que a Sciacca, con su gran elegancia espiritual no le ha importado un bledo —con los milenios me enciendo la pipa— escribe Sciacca. También, a través de este noble y si se quiere sículo despegado, trasluce la verdad por la cual la así dicha cultura oficial se ha sentido ultrajada —la inteligencia es siempre el más grave ultraje para la estupidez—, es decir, que Sciacca ha sido y es el más incómodo «impulsivo» del siglo «testa calda» (cabeza caliente) y al mismo tiempo el más constructivo —aquéllos premiados por la «democracia cultural», de Sartre a Maritain, de Russell a Marcuse, y sus incensadores, han encontrado en tal premio su desenmascaramiento—: ha sido y es una *inteligencia integralmente libre*: no comprada por ningún poder porque no estuvo nunca en venta; nunca desanimado, a pesar de todo; ni nunca en retirada en los frentes más abrasadores de las guerras de ideas de los últimos cuarenta años; en cambio, constructor tan tenaz como volcánico, tan valeroso como doliente: para él ningún dolor más invencible —sólo templado

por ironía y humorismo— que el de encontrarse frente a la estupidez hecha muro o, peor, compromiso blando y escurridizo, para construir la gran podredumbre de Occidente degenerado como occidentalismo.

El martirio de la inteligencia es el mismo martirio de la libertad. En su última obra fundamental, titulada *El obscurecimiento de la inteligencia* (2), la trayectoria del martirio que el pensamiento integral, el hombre integral, debe atravesar y consumir en el mundo moderno, está del todo diseñada. Sciacca la hace culminar en lo que él llama «democracia cultural», muchas veces presunta cristiana: «urge abolir el privilegio del pensamiento y de la cultura —escribe Sciacca— para la realización de la "democracia cultural". Si tal democracia es insidiada por algún exaltado, se le compre o se le aísle, se le desanime con el silencio o el desprecio, se le abligue a callar»: palabras, como todas las suyas, estiladas con la sangre del espíritu. Sciacca ha trazado teóricamente e históricamente el diseño de la trayectoria recorrida por el Occidente hasta la degradada y degrandante «democracia cultural»: una *trayectoria de autodestrucción* que pasa por las *etapas obligadas de la absolutización de la razón*; la cual produce los monstruos del nihilismo, a los cuales son, equivalentemente, los científicismos, tecnicismos y las más variadas formas de irracionalismo, los entusiasmos programantes y los delirios de disolución, los futurismos y los pasotismos, los revolucionarismos y los reaccionarismos.

Por esto la empresa *agónica* —lucha hasta la muerte— de Sciacca consistió en construir la nave cruzada con la cual evitar los Scillas y los Caribidis de las *reducciones* del hombre y de sus problemas, hasta la más necia autodecapitación del problema de Dios y de la metafísica que tanta estúpida impiedad contemporánea ostenta orgullosamente como una madura libertad.

Todavía en *El obscurecimiento de la inteligencia* Sciacca llama con imagen felicísima, al equilibrio teórico y existencial (que coincide con *el pensar como construir*, después de las plenu-

(2) Madrid, Gredos, 1973.

tudes y las disoluciones de Hegel, Rosmini, Nietzsche) lo llama «existir en el confín»: no como confinado, sino enraizándose metafísicamente en su propio «desequilibrio» ontológico, *actuándose en su propio límite constitutivo, pero según el absoluto que, creándolo, sólo él puede darle sentido como positividad, fundado el finito mismo como positividad*, que es la gran empresa metafísica de Sciacca. Pero esta existencia en el confín o cerca del confín, que es, escribe Sciacca, el «pesado y al mismo tiempo alegre camino hacia la libertad» es el camino que el Occidente, desde el iluminista Bacon, ha evitado, a pesar de tenerlo delante grandiosamente señalado especialmente por la voz de los Padres y Doctores de la Iglesia; y es el camino que evita sea la vía tentadora hacia abajo de la mundanización —por lo cual yo me reduzco a mi naturaleza y no soy mi esencia— sea la vía tentadora hacia arriba del panteísmo —por la cual yo soy apariencia o fragmento del absoluto en el cual debo desaparecer, no ya ser—: dos formas de naturalismo, relativo el primero, absolutizado el segundo, que sólo la metafísica creacionista puede superar. Ahora, es precisamente el naturalismo la enfermedad mortal que ha atacado el Occidente, degenerándolo hasta su consecuencial autodestrucción: más precisamente, el naturalismo ha embestido al mundo moderno —que en este sentido se puede considerar iniciado con Lutero— creciendo parasitariamente con él y por él.

En último análisis, la gran empresa de Sciacca de redescubrimiento y restitución de la integridad del hombre y de sus problemas es enteramente combativa no ya *contra* el mundo moderno y contemporáneo —como superficialmente ha aparecido a alguien—, sino *a través* de él, para que pueda tener un futuro que no se reduzca a la autodisolución, sino que, al contrario, incremente el único verdadero progreso, es decir, el crecimiento de *todo* el hombre como *don de Dios* y *don a Dios*. Por esto, después de haber profundizado ampliamente el pensamiento antiguo, especialmente Platón y Agustín, Sciacca dirige su atención al mundo moderno y contemporáneo —de Galileo a Pascal, del idealismo al espiritualismo, de Kierkegaard a Rosmini, de Gen-

tile a Pirandello, de Blondel a Unamuno—: no limitándose ni a describirlo ni a trazar diagnosis de su verdaderas o hipotéticas enfermedades y ocasos, ni mucho menos limitándose a condenarlo; sino cumpliendo en cambio la operación más ardua, martirio del pensamiento precisamente, que es la penetración del mundo moderno con un *amor histórico integral*: para que el mundo moderno se desvele a sí mismo, en lugar de ignorarse estúpidamente para poder, más fácilmente, enorgullecerse de las propias conquistas como si no escondieran a menudo más graves derrotas, y de sus propios desconciertos como si necesariamente produjeran nuevas formas de orientación.

Sólo después de más de treinta años de estudio y meditación, Sciacca ha delienado cumplidamente la dialéctica propia y constitutiva del mundo moderno, por lo tanto, de sus posibilidades, sea positivas, sea negativas, determinándola —sobre el fundamento del rosmíniano significado metafísico de la inteligencia como intuición fundante de la idea del ser— como dialéctica del obscurecimiento de la inteligencia o, sea, como *dialéctica de la parte* que mortifica y al fin excluye lo entero. El *pecado mortal* del mundo moderno es, por lo tanto, la *parcialidad*, es decir, el *reduccionismo*: su ilusión trágica consiste en querer salvar al hombre atribuyéndole una libertad absoluta que metafísicamente no le compete, pero en realidad reduciéndolo absolutamente a naturaleza, a una parte por lo tanto, perdiendo lo entero del hombre, unidad de naturaleza y espíritu. Pero sobre una parte, cualquiera que ella sea —llámese tanto naturaleza como espíritu, tanto pensamiento como corporeidad, tanto individualidad como sociabilidad, tanto creatividad como necesidad—, sobre una parte no se puede construir: el mundo y el hombre, encojados, terminarán con precipitar sobre sí mismos, derrumbándose sobre el pie de barro de la parte a la cual lo entero se reduzca. La dialéctica de la reducción precisamente del mundo moderno le hace, por lo tanto, caminar tendencialmente sobre los pies de barro de una *inteligencia oscurecida* y de una *libertad reducida*, resultado de un salto o rechazo de la inteligencia y de la libertad integrales, en favor de una inteligencia como absolutización

científica y tecnológica, y de una libertad como absolutización del individuo o de la sociedad. Al gigante pesado que es el Occidente moderno desde hace siglos le duelen los pies de barro, que ahora ya parece imposible lo sostengan largamente: así, el Occidente ya se contenta, nos damos cuenta o fingimos darnos cuenta de ello, con la *posición horizontal*, reduciendo el *vir erectus* a *homo pronus*, reblandecido y satisfecho de su propio reblandecimiento, que ahorra tantas energías preciosas, que debe gastar maniobrando los instrumentos del cuarto de los botones, el monolocal del perfecto calculador de todos sus antojos y de sus satisfacciones, que él llama templo de la libertad. Así la libertad occidentalista consume el estúpido suicidio y la necia impiedad de liberarse, sí, pero de sí misma, de su propia plenitud y entereza, reduciéndose a *liberación* —hasta teologizada— de todos los obstáculos —pues se ha cegado ante los obstáculos verdaderos en los cuales tropieza—: no haciéndose entera sino reduciéndose a libertad *de hacer* hasta liberarse *de toda forma de hacers* todo lo escoge con tal que no sea su propia integridad de elección del ser y del bien como el *orden metafísico de los seres*, o sea como eso por lo cual todos los seres, aunque sean mínimos, tienen total su dignidad y amabilidad. El Occidente se ha perdido en habiendo perdido la *inteligencia del ser*: negado u omitido radicalmente el mismo significado del problema del ser, de la metafísica, se ha reducido a estúpida autodestrucción, a nihilismo. Identificado el hombre con el mundo, reducido el ser a la naturaleza, el mundo moderno y contemporáneo han decaído en la *miopía de la pasión de lo concreto*, que en realidad a su vez se ha reducido a lo inmediato y, por lo tanto, a lo absolutamente abstracto, una vez que toda la realidad y la verdad del mundo hayan sido reducidas a su perceptibilidad, experimentabilidad, inmensurabilidad. Alimentada por tal pasión de lo concreto, la ciencia, a su vez reducida, se convierte en el *mito nuevo* que puede imperar dictatorialmente sólo después de haber hecho *tabula rasa* de todos los mitos viejos, usados y, por lo tanto, a eliminar posiblemente sin residuos, como la basura: desde el de la metafísica a los de Dios, obstáculos a la carrera

de la historia, que tiene necesidad de superar, superar y superarse, sobre las huellas de la progenie neomítica de los superhombres hijos de Fausto, desde el de Nietzsche a los de la ciencia ficción. Así, el baconiano *regnum hominis*, por movimientos progresivos de evolución y revolución, revolución y evolución —desde la ilustración a la Bastilla, desde la revolución industrial a la de octubre, y desde la revolución tecnológica a las revoluciones incultas de las conspirantes formas de la degradación planetaria— llena al hombre de grandiosísimos nada (*scientia inflat*) que terminan con desintegrar, sea al hombre, sea su misma ciencia, separada de la sabiduría, que puede ofrecerle las condiciones de su principio y fundamento. Y cuanto más arraigado está tal proceso de degradación espiritual y de todo el hombre —inteligencia y voluntad— tanto más perversamente su nihilismo lleva *máscaras triunfalísticas*, haciéndose pasar por un «optimismo débil», vitaminizado por estadísticas y proyecciones, para poder continuar quemando a ritmo acelerado la dialéctica producción-consumo, la misma de los mass-media, que corren a más no poder hacia su propio fin, sabiendo siempre menos *qué* producir o consumir, y *qué* comunicar, ni *a quién*; *sin horizonte de eternidad* se da prisa en destruir el pasado y en proyectarse futurísticamente; *sin verdad*, se alza como mundo de la imagen, de la comunicación y de la cibernética, que cree poder gobernarlo todo con pocos botones porque ni siquiera tiene más indicio de lo que signifique gobernarse a sí mismo, ser señor de sí; *sin finalidades integrales*, es decir, sin fines que no estén dispuestos al instante que huye fáusticamente bloqueado por los análisis y medidas de todo género, se disuelve en el consumismo, o sea en el reino de las finalidades reducidas a los mínimos términos.

Desde la libertad *de* pensamiento a la libertad *del* pensamiento, el Occidente ha adquirido así todas las libertades; excepto la libertad del tiempo y de la muerte: se ha liberado casi del mismo hacer —y hoy es acometido por una nueva plaga bíblica peligrosísima: es invadido progresivamente por el tiempo libre y va a ser condenado: cuanto más se produce y más se queda encarcelado, en poder de un vacío incolmable incluso de

vacíos más radicales, es decir, por la variedad del crimen —el primer crimen es el gasto de tiempo— crimen que momentáneamente cubre aquel vacío en la espera de una nueva forma de crimen (así se constituye según una dialéctica del crimen). La libertad del neopaganismo occidentalístico —decaído, incluso, respecto al paganismo antiguo— se ha reducido a libertad no *por* las pasiones, sino *de* las pasiones: de la pasión del poder a la de la droga y de la pornografía, las *pasiones de la impotencia* que monopolizan el mercado mundial sumergido, más potente que el emergente, como si la cloaca hubiese vencido, estallando, en las calles. De aquí la progenie de los otros castigos del genocidio: por dictadura, por aborto, por demencia (verdadera o atribuida), por eutanasia, por tecnología, con la intención de construir una nueva raza genéticamente superior con el patrimonio superprogramado, destinada a enterrar aquella actual envejecida y podrida, que en tal modo realizará su propio «noble» suicidio. Tal camino el occidentalismo lo recorre, especialmente después de la guerra, privilegiando el compromiso de hecho —ya escondido, ya ostentado— entre un socialismo tecnológico y una tecnocracia socialista, encuentro consumado sobre la cabeza de todos los *summit* por la paz —pero a menudo dentro de sus alcobas secretas—. De hecho, *la nueva santa alianza de modernismo-progresismo-pacifismo*, que en tales *summit* celebran sus secretas orgías, engendra los últimos gemelos del occidentalismo, es decir, un socialismo vacío de la religión del porvenir y convertido en burguesemente pragmático —un señor de media edad, con sus tesoros y sus aventuras bien aseguradas— y el así llamado «nuevo cristianismo», hijo de aquel predicado por Saint-Simon a los ecumenismos occidentalísticos, es decir, la religión laica de la hermandad universal por la paz alimentadora del bienestar, *una especie de ONU del espíritu*, que después resulta ser un supermercado de las mezquindades más universalizadas. Este Occidente decaído señala el cierre de la época *histórica* del cristianismo, «superado» —Hegel es padre de mil hijos, en la mayor parte bastardos— por un *humanismo decapitado*: sin verdades absolutas: decapitado de Dios y, por lo tanto, decapitado de la

persona, reducida a animal más o menos social, para un rebaño más o menos errante.

Ahora, un cuadro de este género podrá aparecer a muchos excesivamente hosco y pesimista, y que descuida tantas y tantas conquistas modernas que no hacen tan orgullosos y, a menudo, también ferozmente petulantes. Ciertamente aparecerá así a todos los conniventes con un *sistema del compromiso*, lo más lejos posible del *espíritu de la síntesis* con el cual se puede identificar la grandeza del auténtico Occidente. Pero nada está más lejos de la perspectiva de Sciacca como el pesimismo —al contrario, un *optimismo metafísico* le caracteriza y sostiene—, o de todas maneras, una desvalorización de las positivities del mundo moderno y contemporáneo: es, en cambio, por amor al mundo moderno y por la vigilantísima atención intelectual y espiritual que se tiene sólo hacia quien se ama, que Sciacca pone el dedo sobre aquellas llagas que, llegadas a ser purulentas, podrían sólo impedir la fructificación personal e histórica de aquellas positivities, agotándolas. Sciacca afirma, con máxima fuerza, la verdad de la historia, según la cual si el error está *al principio* de la historia —y es por esto que «el error y el mal tienen a menudo una fecundidad histórica superior a la verdad y al bien», como escribe rosminianamente en *El obscurecimiento de la inteligencia*—, pero el error *no es* la historia *ni es el principio* de ella, *ni hace* historia: negar esta verdad de la historia es negar, sea el error, sea la historia misma. En cambio, la verdad de la historia está suspendida en la *cruz de la libertad como el martirio de construirse interiormente al aceptarse como don y como gracia*, que es el único modo de construirse el hombre en su integralidad: que es el único auténtico *hacer historia*.

Si ésta es la verdad de la historia, los remedios a la decadencia del Occidente, de mil partes profetizada, diseccionada y al mismo tiempo lisonjeada no podrán pertenecer ni al orden de los gimoteos más o menos cocodrislescos, ni de las cataplasmas alrededor de un agonizante: *ningún compromiso de partes o entre partes podrá engendrar nunca la entereza del remedio para el Occidente decaído*: tales compromisos pueden engendar, en

cambio, sólo nuevos destrozos, en partes siempre más pequeñas y mezquinas —partidos, sectas, etcétera— de las partes mismas dialogantes; en otros términos, ninguna ciencia, ninguna ideología, y ninguna técnica y ninguna política tienen intrínsecamente la capacidad de volver a poner de pie y con vigor al paquidérnico envejecido Occidente: por lo tanto, ninguna revolución, ninguna reacción, ninguna restauración puede hacerlo ni podrá hacerlo nunca. Uno sólo es el camino integral: reconocer que es la *hora de Cristo*, como dice el título de una obra de Sciacca de hace treinta años.

Paliativo peligrosísimo, medicina es peor que la enfermedad, toda forma de diálogo —Sciacca lo llama «diálogo muerto»— entre el occidentalismo presunto católico o cristiano —no importa que se califique más bien como reaccionario o como conservador o como progresista— y el occidentalismo laicista —no importa que vista una etiqueta capitalista u otra estatalista, dos formas de democracia y de política fracasadas—: a este tipo de diálogo, al cual quizás la mayor parte del Occidente degenerado confía el más grueso paquete accionario de sus restos de esperanzas, Sciacca tiene sólo una respuesta, el evangélico «que los muertos entierren a sus muertos»: ni acepta transformar el funeral en la farsa trágica del presunto nuevo cristianismo, que exige que sus iglesias y cenáculos se hinchen en más sutiles comercios con todo lo que en verdad no es otra cosa que consumismo y hedonismo, de calidad o de submercado. Caminos todos, estos, que conducen al hombre de los humanismos decapitados, y así *absolutamente libre de todo absoluto*, a aquel hombre absoluto que es la masa —*negación nueva de la historia*— sea agregada en manadas estatales sea coagulándose en «rebaños espontáneos» que han poblado ya el planeta, aquellos que por partes y con las voces más diversas —rojas o blancas, o verdes desentonadas— celebran el régimen mundial de la estupidez, cuya libertad suma pronto envidiará la del perro encadenado. Por otro lado, varias veces Sciacca ha propuesto de nuevo, sin ser escuchado, la perenne lección platónica, de la cual tan poco el mundo contemporáneo parece querer acordarse, de la degeneración de la

democracia en anarquía y de la anarquía es tiranía, cada vez que se absolutiza, con impía estupidez, la libertad como negación de todo límite, de donde brota necesariamente toda forma de desorden y de corrupción, de lo cual la sartriana «libertad para nada» es el bien recitado compromisorio inútil gimoteo. En otros términos, cada forma de compromiso es, como mínimo, estupidez y cobardía —por esto cuesta nada menos que el martirio no caer en ello—: por lo tanto, el camino real —en el cual deben confluír todos los otros si no quieren reducirse a senderos o callejuelas interrumpidas (Holzwege)—, es el de la plenitud del espíritu de inteligencia, en la inteligencia del ser infinito que crea los seres finitos: sólo éste es el *camino metafísico de la positividad del finito* —de otro modo es puro correr a la nada— y del *orden de todos los seres*, en el cual está el único principio de mi absoluto deber de respetarlos todos en su orden y, por lo tanto, de incrementar su devenir enteramente a sí mismos, para que sean verdaderos, de cuya verdad alimento el crecimiento de mi misma verdad e integridad, por lo tanto de la integridad de la inteligencia y de la libertad que me competen y que debo realizar; y esto sólo es *hacer historia*.

La *fundación metafísica del espíritu de la inteligencia, del finito*, Sciacca, después de haberla asumido de Rosmini, tan laboriosa y fructuosamente por todo el arco de su actividad, al término de este arco, de modo original, inesperado y, sin embargo, coherentísimo, la vuelve a encontrar en Tomás de Aquino, que él en su último libro (traducido al castellano por ediciones Speiro) considera —no ciertamente sólo por amor a la paradoja ni por polémica— el primer filósofo moderno, sanamente tal y de un Occidente vigorosamente constructivo, por lo menos en cuanto él es —escribe Sciacca— «el teórico más profundo, más lúcido y genialmente equilibrado» de la conciencia laica, por lo tanto no por cierto laicista. Tomás y Rosmini, después de Agustín, en efecto, *han atravesado su propio tiempo* —no sumisos pues a él o por él arrastrados—, consumando el martirio de la inteligencia, la cual es tanto más rebelde y desencadenada contra la estupidez cuanto más humildemente escuchadora de todas

las verdades; lo han atravesado por lo tanto sin saltarlo: ni por nostalgia del pasado, como restauradores, ni por desprecio del pasado por pasión del futuro, que es lo propio de todos los destructores: sólo al precio de no saltar el pasado ellos han engendrado un presente alimentador perenne del futuro —incluso si la mayor parte de los términos es espuria y si Rosmini ha generado hasta ahora poquísimos hijos, entre los cuales está empero ciertamente Sciacca—: han hecho pues lo que todos nosotros siempre de nuevo al menos tenemos que intentar empezar, es decir, la única verdadera revolución, frente a la cual todas las presuntas en verdad no son otra cosa que reacciones más o menos enmascaradas: la de la *conversio* a la integralidad del hombre, actuando integralmente lo universal concreto de sí y de la historia.

Tomás y Rosmini, pues, los verdaderos grandes modernos, trazan el camino real del auténtico progreso, del crecer de la historia, superando la pseudoantítesis de metafísica e historia que está a la base del mundo moderno: empirismo e iluminismo, idealismo e historicismo, materialismo y positivismo, neo-analitismo y neonominalismo han reducido a abstracción el ser, hasta anularlo; asesinado lo universal como abstracto, queda el huérfano «particular concreto» (3), el único objeto no ya de la cicutada o desterrada especulación, sino de la finalmente liberada ciencia: así *la verdad y la historia son el desarrollarse de la autoliberación de la ciencia culminante como técnica de la supervivencia biológica y del bienestar hasta la eutanasia*. El ocaso histórico del pensamiento como pensamiento del ser, como metafísica, ha hecho aparecer y proliferar las ciencias particulares como metodologías (de la actividad espiritual en el idealismo, de las ciencias en el positivismo, de la historia en el historicismo) y después como técnicas a relacionar siempre de nuevo para los proyectos del siempre nuevo mundo; en realidad siempre más apretado en las mordazas de una *necesidad* histórico-tecnológica que señala, con la caída en el *no sentido de cada ver-*

(3) Cfr. la citada *Lecciones de filosofía de la historia*, págs. 32-33.

dad y del problema mismo de la verdad, una reducción a la nada de verdad y, por lo tanto, una reducción a la nada de la historia misma del hombre que, autocelebrándose protagonista absoluto de la historia, se descubre estéril en el hacer historia; ni la historia grande, ni, en fin, la historia más inmediata y vitalmente individual: primero exaltado por todas las revoluciones que aceleran la historia y, después, sofocado por el terror de la inminente sombra de su fin, proyección inexorable del final de su significado y del significado del hombre mismo. Es esta *la auto-destrucción necesaria de la historia sin ser, sin verdad, por lo tanto metafísica*: es aquella historia de los «grandes hechos» y de los infantiles gigantes de todas las ciencias (4), que enmascaran su vacío —ciencias que se han liberado de la propia integralidad y, por lo tanto, ellas mismas ciencias reducidas, pseudo-ciencias—; es la historia que «se come a sí misma como si estuviese disgustada o asustada de crecer, crecer, crecer»: aquella historia que «escribe siempre en la arena o en el agua», sobre la cual insiste especialmente el último Sciacca. Del nihilismo implícito de las metafísicas no creacionistas; que ponen las pseudoantítesis maniqueístas y las reacciones gnósticas —o ser o ente, o Dios u hombre, o metafísica o historia, o filosofía o ciencia, o pasado o futuro, etc.— se engendran, pues, las formas contemporáneas de todos los compromisos, contrasignados por una *metafísica negada o reducida*, por un *Dios negado o desnaturalizado*, por un *hombre demediado*, por una *libertad instrumental*, por una *historia estéril*.

Al moderno *furor mesurandi*, descuidado de la leonardesca «fantasía exacta», corresponde una serie de antítesis a la armonía, productos del rechazo y de la reducción de las místicas nupcias del tiempo con la eternidad, de la libertad con la gracia, que es la única historia auténtica, integral y el único auténtico progreso, el único sarmiento fructífero de la vid que es el Verbo, principio, centro y fin de la historia.

(4) Cfr. M. F. Sciacca, *La libertad y el tiempo*, Barcelona, Miracles, 1967.

Ciertamente, de Rosmini a Sciacca no conocemos a ningún filósofo que, otro tanto, profunda, o rica o coherentemente, haya atravesado los obscurecimientos, los de hoy y los de cada día, indicando más allá de ellos el camino real y positivo para el pensamiento occidental, para cada hombre de «buena voluntad» histórica: de su eremitorio operosísimo y abierto a toda verdad donde quiera se le pueda hallar, han encontrado e indicado el aliento de la historia, su fuerza entretejida de paciencias y su rayo infinito de providencia y de caridad. Por esto, los hombrecillos de las historias estériles intentan ofrecer, a Sciacca como a Rosmini, sólo frutos de desierto; pero también, de éstos, los hombres grandes hacen frutos fecundos de eternidad: los solos por los cuales somos juzgados.